

LOS ROSTROS DE LA MARGINALIDAD
ZANJÓN DE LA AGUADA DE PEDRO LEMEBEL

POR

ÁNGELES MATEO DEL PINO
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Creo que mi escritura siempre estará expuesta a los vaivenes y temporales de mi corazón, la literatura para mí solo es sólo eso, una pizarra para mancharla de estrategias deseantes.

Pedro Lemebel, "Cronista y malabarista..."

LA MEMORIA DEL OJO

La memoria es un espejo que se opaca con los años... Sin embargo, el vaho del olvido –ese hálito voluntario que lanzamos contra el vidrio– es un poderoso agente aún más eficaz, pues no sólo logra nublar el reflejo especular sino que va más allá al oscurecer completamente la proyección de algunas imágenes almacenadas hasta hacerlas desaparecer. Y el recuerdo, frágil como el cristal, desaparece en el tiempo... No obstante, no todos tienen la misma capacidad para ese tan largo olvido –en contraposición al tan corto amor– que poetizaba Pablo Neruda (195). Existen aquellos otros que repasan y piensan en lo “borrado” con la única finalidad de que volvamos a saberlo. En este sentido, tal vez sea el escritor quien de manera más efectiva se enfrenta a la desmemoria, pues al tomar la palabra y evidenciar lo “acallado” nos fuerza constantemente a recordar. Por este motivo, traemos a colación la producción literaria del autor chileno Pedro Lemebel, quien, a través de sus crónicas, nos va tejiendo un entramado de sucesos, anécdotas, retratos... hasta configurar la historia más reciente de Chile. Pero en esta urdimbre el tejido que se va armando, como si de un *patchwork* se tratase, es aquel que revela el cotidiano de esos “otros”, los excluidos de lo que se ha dado en llamar la “historia oficial”: un canon para la memoria, una normalización para el recuerdo. Es así como a través del cauce discursivo de Pedro Lemebel cobran protagonismo las minorías de todo tipo, sean sociales, étnicas o sexuales, y con ellas el cronista se conforma en un vocero, al prestar la voz a los que han sido silenciados, para de este modo reconstruir ocultas vivencias.

La obra de Pedro Lemebel emerge al panorama cultural en la década del ochenta, aunque para la puesta de largo –entiéndase primer libro publicado– eligió como ropaje el género cuento (*Incontables* 1986). Será después, ya en los años 90, cuando este escritor

adopte como registro el que le ofrece la crónica (*La esquina es mi corazón*),¹ pues según nuestro autor, con ella abandonó la estabilidad de la institución cuentera para aventurarse en la bastardía de este género, “más plural en sus combinaciones literario-periodísticas” y “más pulsional en su gesto político”.² Bajo el rótulo “Crónica” todo cabe: la biografía, la carta, el testimonio, la canción popular, la oralidad...³ A ella le debe su reconocimiento, tanto dentro como fuera de Chile, a pesar de que la que hasta ahora ha sido su única novela, *Tengo miedo torero*, es la que le ha permitido gozar de un prestigio más internacional, favoreciendo incluso la difusión de sus títulos anteriores.

Más allá del travestismo genérico, la escritura de Pedro Lemebel es siempre fiel a sí misma, pues a ella vuelve una y otra vez, quizá para remarcar que lo suyo es el oficio de un observador, un “voyeur en espera”,⁴ como él mismo se define, que elige la mirada como soporte discursivo. Una mirada que se adentra en los rincones más “oscuros” de la ciudad: las poblas, los barrios periféricos, los baños turcos, los cabarets, los salones de belleza, las canchas de fútbol, las fondas, los cuarteles... Ese otro mundo que se esconde para no estropear la imagen de postal turística de la urbe, y que Pedro Lemebel se encarga de poner en primer plano, a veces de manera irónica y corrosiva, para ejercer su papel de cronista como agente provocador y subversivo. Desde esta perspectiva, sus crónicas se convierten en una geografía ocular, a la manera que proponía Vicente Huidobro, “Cuanto miren los ojos creado sea” (85) o cuando formulaba “Los ojos que se clavan y dejan heridas lentas a cicatrizar” (210). Ojo, herida y cicatriz son las marcas sobre las que se sustenta la producción textual de este autor, rasgos que igualmente configuran el componente imaginario de su último título publicado, *Zanjón de la Aguada* (2003), motivo central de este trabajo.⁵

¹ Esta obra ha sido publicada más recientemente por la Editorial Planeta Chilena. *Loco afán. Crónicas de Sidario* (1996). En España existe una edición de estas crónicas en la Editorial Anagrama (2000). *De perlas y cicatrices. Crónicas radiales* (1998). *Zanjón de la Aguada* (2003).

² Ángeles Mateo del Pino, “Cronista y malabarista... (Entrevista a Pedro Lemebel)”.

³ A propósito de este registro discursivo resulta imprescindible destacar algunos de los trabajos críticos que se han dedicado a analizar este género, desde las crónicas modernistas hasta la actualidad: Aníbal González, *La crónica modernista hispanoamericana*; José Ismael Gutiérrez, *Manuel Gutiérrez Nájera y sus cuentos. De la crónica periodística al relato de ficción*; Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*; Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*; Susana Rotker, *Fundación de una nueva escritura: Las crónicas de José Martí*. En este sentido, véase también nuestro estudio, un recorrido por dicha forma discursiva para enfatizar que lo que hoy entendemos por crónica – discurso íntimo, a medio camino entre la literatura y el periodismo, entre la prosa y la poesía – es un género que desde el siglo XIX se proyecta con total vigencia hacia el siglo XXI: Ángeles Mateo del Pino, “Crónica y fin de siglo en Hispanoamérica (del siglo XIX al XXI)”. Igualmente conviene citar las reflexiones que sobre la práctica de la crónica han llevado a cabo algunos autores como Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska, entre otros, recogidas por Ignacio Corona y Beth E. Jörgensen eds., *The Contemporary Mexican Chronicle: Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*.

⁴ Ángeles Mateo del Pino, “Cronista y malabarista... (Entrevista a Pedro Lemebel)”.

⁵ En este trabajo citaremos siempre a partir de la segunda edición publicada por la Ed. Planeta Chilena. Seix Barral (Biblioteca Breve), Santiago de Chile, julio de 2003.

ZANJÓN DE LA AGUADA

Uno de los primeros aspectos que nos llama la atención de este libro es la portada que se nos ofrece,⁶ pues, como en ocasiones anteriores, Pedro Lemebel ha diseñado también el concepto visual que enmarca, a manera de presentación, este manojito de crónicas. *A priori*, cabría pensar que, tal vez, es demasiado sobrio para lo que nos tiene acostumbrado. De esta forma, gran parte del espacio de la página en blanco está ocupado por una sola foto, previamente manipulada, en la que descubrimos el rostro de su madre sobre el que se espejea una serie de rosas. Esta imagen no hace más que subrayar el carácter testimonial de esta obra, sobre todo si tenemos en cuenta a quien está dedicada: “Para ti, mamá, estos tardíos pétalos”. Con ello, las crónicas devienen flores deshojadas que se ofrecen a la memoria de la madre recién muerta. En una suerte de “azar concurrente”, como diría Lezama Lima, se establece un cordón umbilical que desde *Zanjón de la Aguada* nos lleva hasta *De perlas y cicatrices* (1998), su producción anterior. En aquella ocasión la crónica que funcionaba como cierre, “Las floristas de La Pérgola”, recreaba el aroma de la avenida La Paz y Mapocho, donde un grupo de mujeres se encargan de engalanar con coronas floreales la muerte de los otros. Sin embargo, Pedro Lemebel destaca, entre todas, la figura de doña Adriana Cáceres López, la pergolera más antigua, quien, ante la pregunta de cuál ha sido el funeral más importante para ella, responde lo siguiente:

El de mi madre, Zunilda López, ella era querida por todos aquí, fíjese que fue el cortejo más emocionante, le hicimos una alfombra de pétalos blancos y rojos con su nombre. Han pasado tantos años y todavía lloro cuando me acuerdo. Y hasta ahí dejé la entrevista, porque los ojazos de doña Adriana se englobaron en dos lagrimones que rodaron al mar amargo de los rastrojos esparcidos por el suelo. Imaginé que iba a elegir cualquier entierro, registrado en su memoria pergolera que vio cruzar la historia por esa última parada antes del cementerio. Y doña Adriana me descolocó, poniendo a su madre en el altar del consumado recuerdo. (*De perlas y cicatrices* 214)

Es así como nuestro autor sitúa ahora a su propia madre en un lugar privilegiado de la memoria, brindándole como homenaje este *Zanjón de la Aguada*:

Ese es el mayor homenaje que le puedo rendir. Haber repartido su rostro, que ya no es su rostro, que ya es ese rostro que se permea en todas las desigualdades sociales y económicas que humedecen las calles de Santiago. Y también es el rostro de los desaparecidos. Y también es el rostro de la representación de la mujer, que a tantos años de lucha ha obtenido apenas algunos puestos de poder teniendo que usar terno de hombre con minifalda. (Nachon)

Faz femenina para un libro en el que las mujeres cobran un protagonismo mucho más evidente si lo comparamos con los anteriores. Doble homenaje, además, si tenemos en cuenta que este escritor ha adoptado el apellido materno –Lemebel– como rótulo bautismal bajo el cual firma sus crónicas, marcando así una distancia con el usado para

⁶ Fotografía de portada de Álvaro de la Fuente. Concepto visual de Pedro Lemebel.

signar sus cuentos –Mardones–, el apellido paterno. En esta estrategia apreciamos la intencionalidad de distinguir la marca escritural, el género al que se vincula el registro discursivo, pero igualmente observamos el gesto político. Al respecto, recordemos lo que declaraba el propio escritor en una entrevista:

Usaba mi nombre legal [Pedro Mardones] como una chapa, y escribía narrativa como testimonio frente a los atropellos de la dictadura. En esa época publiqué los *Incontables*. [...] Había demasiados talleres de cuento: la cocina del cuento, la jardinería del cuento. La ficción literaria se escribía en la sábana blanca de la amnesia. Había excepciones, algunas escritoras, pero en general se veía venir el boom del novelón cursi, una especie de coro literario del Neoliberalismo. Yo no estaba ni ahí. Muchos decían entonces que el Pedro Mardones del cuento era mi destino. Fíjate, creo que en ese momento –1986-1987– me empezó a cargar ese nombre legalizado por la próstata del padre. Tú sabes que en Chile todos los apellidos son paternos, hasta la madre lleva esa macha descendencia. Por lo mismo desempolvé mi segundo apellido: el Lemebel de mi madre, hija natural de mi abuela, quien, al parecer, lo inventó jovencita cuando escapó de su casa. [...] El Lemebel fue un gesto de alianza con lo femenino, inscribir un apellido materno, reconocer a mi madre huacha desde la ilegalidad homosexual y travesti. (Blanco y Gelpí 93-94)⁷

Pero no perdamos de vista el título de esta obra: *Zanjón de la Aguada*. La elección de esta geografía periférica santiaguina no es gratuita, porque sobre ella se “fundan” estas crónicas. Lejos queda aquella visión idílica que llevó a Pedro de Valdivia, el 12 de febrero de 1541, a trazar la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, al pie del cerro Huelén –actualmente Santa Lucía– y junto al río Mapocho, recreada sobre el lienzo por Pedro Lira.⁸ Un río que bajaba abundante desde la alta cordillera de los Andes hasta atravesar Santiago de Este a Oeste y que al cruzar la urbe recibía las descargas de canales y esteros, entre ellos del Zanjón de la Aguada, para luego desembocar en el río Maipo. Pero igual que Santiago y el Mapocho no son hoy lo que ayer eran, con este Zanjón pasó lo mismo. El tiempo convirtió en zona marginal, en “piojal de la pobreza chilena”, lo que antaño fue un canal caudaloso. Si, como apunta Lucía Guerra, en aquel gesto fundacional del conquistador Pedro de Valdivia se advierte el deseo de “crear de la nada en medio de una naturaleza aún sin historia” (Guerra 73), Pedro Lemebel “re-funda”,⁹ a través de un decir

⁷ Conviene destacar que Pedro Lemebel ganó el primer premio de cuento en el Concurso Nacional Javiera Carrera (1982) y que algunos de sus relatos figuran recopilados en la *Antología de Cuentos Soffia* y en Ramón Díaz Eterovic y Diego Muñoz Valenzuela (Eds.), *Andar con cuentos. Nueva Narrativa Chilena (Antología)*. Su libro de cuentos, *Incontables*, se publicó en 1986.

⁸ Pedro Lira (1845-1912) fue un destacado pintor chileno a quien se le debe el óleo “La fundación de Santiago” (1889), que durante muchas décadas ha servido como ilustración de portada para los libros de Historia de Chile. Este lienzo figura como imagen en el reverso de los billetes de 500 pesos chilenos.

⁹ Utilizamos a propósito el término “refundar” porque, en los últimos años, un grupo de arquitectos e inversionistas se ha planteado la “refundación de Santiago”, a partir de la recuperación del río Mapocho que se pretende llevar a cabo: Una forma de entrar a la modernidad del siglo XXI. Véase Boza, “La refundación de Santiago: La recuperación del río Mapocho”.

escritural “fragmentado, entrecortado, tartamudeante, a pedazos”,¹⁰ este Zanjón de la Aguada, transformado ahora en “arqueología de la pobreza”:

Pero el Zanjón, más que ser un mito de la sociología poblacional, fue un callejón aledaño al fatídico canal que lleva el mismo nombre. Una ribera de ciénaga donde a fines de los años cuarenta se fueron instalando unas tablas, unas fonolas, unos cartones, y de un día para otro las viviendas estaban listas. Como por arte de magia aparecía un ranchal en cualquier parte, como si fueran hongos que por milagro brotan después de la lluvia, florecían entre las basuras las precarias casuchas que recibieron el nombre de callampas por la instantánea forma de tomarse un sitio clandestino en el opaco lodazal de la patria. (14)

Este lugar, en el que nos instala el cronista desde el inicio, es también el mismo contexto en el que surgieron sus propias ansias discursivas; de este modo, mediante un *flash back*, se recupera no sólo el espacio de la memoria sino el verdadero desencadenante de su escritura: “pinté mi primera crónica con los colores del barro que arremolinaba la leche turbia del aquel Zanjón” (*Zanjón* 15), “donde un niño guarisapo nunca llegó a ser princesa narrando la crónica de su interrumpido croar” (23).

Es así como asistimos a la recreación urbana que nos propone Pedro Lemebel, quien, a través de su ojo-pluma deambulante, recorre calles, esquinas, plazas, parques... para trazar una cartografía deseante. Como apunta el escritor argentino Néstor Perlongher, siguiendo de cerca los planteamientos esbozados a su vez por Félix Guattari (81-100, 117-25), no se trata de un “ojo central del déspota”, es decir, de reproducir a partir de un punto fijo, sino de enfatizar esos rumbos, esas “derivadas” por las que transita la ciudad:

[...] la tarea del cartógrafo deseante no consiste en captar para fijar, para anquilosar, para congelar aquello que explora, sino que se dispone a intensificar los propios flujos de vida en los que se envuelve, creando territorios a medida que se los recorre. El mapa resultante, lejos de restringirse a las dimensiones físicas, geográficas, espaciales [...] ha de ser un mapa de los efectos de superficie [...] “una cartografía de los ejercicios concretos”. [...] Cartografiar es, en fin, trazar líneas (líneas de fuerza del *socius*, líneas de afectos grupales, líneas de fisuras o vacíos [...]) No una sino muchas líneas enmarañadas, imbricadas, entrecortadas, superpuestas. (Perlongher 65-6)¹¹

De esta manera, Pedro Lemebel vive, experimenta, siente la ciudad y luego transforma ese bagaje cultural, ese su “subterráneo de misterios y de negros milagros” (Gómez Lizana), en materia oral o letrada,¹² siempre partiendo de una sensibilidad visual a la que quizá no estamos tan acostumbrados. A propósito nos resulta conveniente recoger aquí lo señalado, en este sentido, por el autor chileno Luis Oyarzún:

¹⁰ Pedro Lemebel define sus crónicas como un “decir fragmentado” para oponerlo a la novela, “escritura de largo aliento”. Véase Faride Zerán 5.

¹¹ Néstor Perlongher escribió este ensayo a propósito de una visita de Félix Guattari a Brasil en 1981.

¹² Pedro Lemebel ha comentado que estas crónicas que recoge en *Zanjón de la Aguada* ya han sido “panfleteadas” o bien en la radio Tierra, donde las difundió, o bien en la publicación quincenal, *The Clinic*, donde las publicó. Véase Gómez Lizana.

Mas, para llegar a la iluminación literaria se necesita una sensibilidad visual, una conciencia libre que acepta el mundo. La conciencia nuestra está traumatizada por la presencia de fantasmas interiores que empañan la visión. [...] Aquí no se ha descubierto aún el mundo de los ojos. La gente ve con el estómago o con los órganos sexuales; en el mejor de los casos, con un corazón devorado. Ni se ve ni se oye al mundo. (79-80)

Ver, oír, oler, palpar, saborear la ciudad, éste parece ser el propósito de nuestro cronista, juego de “correspondencias”, tal como poetizara Baudelaire –*Les parfums, les couleurs et les sons se répondent* (46). Mundo de sensaciones como estrategia para conocer y “re-componer” esas derivas santiaguinas, para “*cuenter*, sacar cuentas sobre una realidad ausente, sumergida por el cambiante acontecer de la paranoia urbana” (Blanco y Gelpí 93, la cursiva es nuestra). Una ciudad contradictoria, poseedora de una “fragilidad inconstante”, al decir de Benjamín Subercaseaux. Una metrópoli agitada por la continua transformación de sus barrios, una “selva urbana”, apostilla Tomás Moulian (133). Quizá en ello radique parte de su encanto: “Santiago existe en la medida que muere” (Subercaseaux 90-1).

La mirada de Pedro Lemebel, lejos de ser complaciente, subvierte y transgrede el orden de lo “políticamente correcto”. Porque su ojo-pluma se detiene a escudriñar, a hurgar en ese imaginario colectivo para poner en primer plano las distintas pasiones y pulsiones que habitan la ciudad, lo cual no es más que la manera que tiene de “iluminar el suceso crudo y apagarle la luz a la verdad ontológica” (Blanco y Gelpí 94). Siempre un Yo deseante tras el que se funden y confunden el cronista y la ciudad. Sujeto que desea y es deseado, que mira y es mirado, que se oculta y se vislumbra, que habita los intersticios y que fenece en calles y barrios. De este modo nos va descubriendo –revelando– Santiago, acaso nos lo inventa. De nuevo traemos a colación a Néstor Perlongher, no en vano Pedro Lemebel dialoga con él a través de sus textos y coloca su voz –eco que resuena– como preámbulo a sus propias crónicas.¹³

Pensar (o tal vez delirar) la ciudad no podrá limitarse a las construcciones físicas que conforman su espacio, ni a una sociología convencional de sus poblaciones; habrá necesariamente que disponerse a captar las tramas sensibles que la urden y escanden, las “condensaciones instantáneas” que entretejen el (corto) circuito emocional. Los climas, las atmósferas, los afectos, los sentimientos.

[...]

Vivir la ciudad es sentirla, y en ese sentimiento inventarla. No es una invención individual subjetiva, sino colectiva, “impersonal” y se transmite, a la manera de un contagio entre cuerpos en contorsión tremolante, a través de un plano de percepción que es el de la intuición sensible. El carácter poético de la intuición que sería, por así decir, la manera de percepción de lo sensible. (Perlongher 144)

¹³ A propósito cabe recordar que *La esquina es mi corazón. Crónica urbana* se abre con una cita de Néstor Perlongher perteneciente a su ensayo “Poética urbana” (1989) y que, en *Perlas y cicatrices. Crónicas radiales*, la serie de textos recogidos bajo el título “Sufro al pensar” se inicia con un fragmento del largo poema “Cadáveres” del libro *Alambres* (1987). Además, en numerosas entrevistas Pedro Lemebel ha reconocido la fascinación que le produjo el conocer la obra de este poeta y ensayista argentino.

Sensibilidad e intuición poética son los rasgos que caracterizan la escritura de Pedro Lemebel y que, en cierta medida, posibilitan una lectura más “amable”, como contrapunto a esa ironía, a ese humor desgarrado, ácido y corrosivo que lo envuelve todo. Crónicas desacralizadoras, que se dicen sin tapujos y que nunca pretenden ser una “mitoterapia”, una mentira placentera, a la que tan bien aludía otro de los grandes cronistas chilenos, Joaquín Edwards Bello (25). En este sentido, salvando las distancias, a ambos los aúna la misma voluntad de estilo, tal y como se desprende de las palabras enunciadas por éste último:

Yo quiero ser recordado como un destructor de mitos, como una persona que se pasó la vida bombardeando con muchos megatones la mediocridad, la chatura, la esterilidad de sus compatriotas. Como un hombre que se negó a vivir amurallado en Mitópolis, el país o la ciudad donde los mitos crecen y se preparan, como las moscas contra el Tanax, para desplazar a la verdad, soldaditos de juguete de una mala causa. (Calderón 15)

Con todo, en esta cartografía santiaguina el protagonismo lo cobran las minorías. Una inmensa minoría, cabría decir, en la que el mundo de desheredados, de marginados hacen acto de presencia. Así, nos enfrentamos al actuar de niños, pobres, mujeres, homosexuales, travestis, chicos Dawn... Seres incómodos y, por lo mismo, a veces sometidos a la normalización, a la neutralización, a partir de estrategias políticas que pretenden lavar la cara de la ciudad, asignándoles un lugar “reconocido” en el espacio de lo público. Y Pedro Lemebel afila su lengua, arremete y denuncia:

Pienso que el alcalde [Lavín] cara de hostia quiere dessexualizar a las chicas travesti de San Camilo, neutralizarlas en los lugares asignados socialmente para los homosexuales como son las peluquerías. El encanto del sexo travesti es ese tornasol malandra y clandestino que lo poetiza en su engaño transexual. Es lo mismo que los chicos dawn que los ponen de mozo. Este alcalde pareciera haberse equivocado de ciudad: él quería ser alcalde del Reino de Hoz, de[] país de las maravillas... Pero en todo disfraz mojigato y eucarístico se esconde un masturbador de confesionario. (Zeran 6)

Pedro Lemebel, como acertadamente ha anotado Carlos Monsiváis, responde a “los criterios estéticos y los comportamientos legales y legítimos de las minorías” (Monsiváis, “Pedro Lemebel” 10). Por ello, sus textos, cual calidoscopio oscilante, nos van presentando las distintas identidades de lo marginal chileno. En este sentido, las crónicas de *Zanjón de la Aguada*, un total de 50, se van conformando como retazos de realidad que, recogidas bajo diversas series, insisten en refrescar la memoria. Así, bajo el título “En el país de Nunca Jamás”, clara alusión a la obra del novelista y dramaturgo escocés James Matthew Barrie (1860-1937), *Peter Pan* (1904)—de la que este año se cumple el primer centenario—se nos sitúa en ese territorio de la pobreza, visto por la mirada infantil, sea ésta la de aquellos ojos niños del propio Pedro Lemebel, la evocación de su ayer inocente, “que luego la vida arrancó de cuajo en la dura lucha del creer sin creer y del amar sin amor” (*Zanjón* 28). Sea esa la visión de los “duendes de la noche”, niños fugitivos y huachos del mundo, carne de cañón en una urbe que los devora. O tal vez aquel parpadeo mongólico de la niña afectada por el Síndrome Dawn, obligada a no crecer como Peter Pan.

Pero también nos traza ese mapa juvenil –“Un pellejo aventurar”– del fenómeno social de las barras bravas, para hurgar en la intrahistoria que se teje en las canchas de fútbol. O en el mundo de la milicia, donde los adolescentes, enviados a cuarteles distantes de su ciudad, experimentan la hospitalidad homosexual que los hace olvidar su exilio militar. Pero cabe también el mito, siempre joven, del Che Guevara, los jóvenes fiesteros en Valparaíso, Viña, Horcones, y la juventud universitaria, a la que Pedro Lemebel ofrece “soñar otro país”, un sitio digno donde “respirar libertad, justicia y oportunidades sin besarle el culo a nadie” (90).

Tampoco olvida ese orbe femenino –“Veredas de lunático taconear”–, que, como apuntamos anteriormente, se permea en el rostro materno de la portada (214). Mujeres que luchan por sobrevivir, por un pasar digno, por una muerte en privacidad, por el reclamo de sus diferencias. A ellas dedica, además, un sentido homenaje bajo la forma de retratos emocionados –“Cristal tu corazón”–.

El recorrido por esta ciudad de Santiago implica también una mirada al pasado –“Recién ayer era aldea”–, para refrescarnos la historia de algunos barrios, plazas, cementerios... Así como de otros hechos más puntuales –celebraciones, fiestas, inauguraciones– de un tiempo ido. Gracias al eco musical –“Nacarada discorola”–, descubrimos ese recuerdo sonoro que igualmente configura esta urbe santiaguina. Y llegamos al presente –“Al cierre de cortinas”–, donde damos la bienvenida a esta democracia que convive con los desaparecidos, una herida que no se ha cerrado y que supura al ver a Tutankamón-Nerón-Pinochet, regresando al territorio nacional.

En este libro las crónicas devienen también impresión fotográfica, por lo que, bajo la serie “Porquería visual”, contemplamos un grupo de fotos e imágenes, testimonios “detenidos” por el ojo de la cámara, que actúan como contrapunto al decir de la escritura.

Con todo, podemos afirmar que la escritura de Pedro Lemebel, como señalamos anteriormente, es siempre fiel a sí misma. Por eso, no estamos de acuerdo con esos críticos que consideran que *Zanjón de la Aguada* “refleja un indudable agotamiento del ingenio, la repetición un tanto exasperante de las mismas imágenes, de idénticas irreverencias; una sobredosis de las mismas afirmaciones agresivas” (Promis). O bien con esos otros que comentan que este escritor “pareciera haberse enredado en una crónica continuamente demasiado igual a sí misma”, alegando que “no se percibe algo que distingan estas crónicas de las anteriores” (Agosino). Sin embargo, compartimos lo anotado por Juan Andrés Piña: “Pedro Lemebel ha inventado un estilo personalísimo que consolida en *Zanjón de la Aguada*”. O lo subrayado por Alejandro Zambra, cuando enuncia que este cronista tiene “una manera de hacer literatura sumamente personal y, sobre todo, profundamente inimitable”, para concluir:

A Pedro Lemebel no le importa repetirse y, como no le importa, finalmente no se repite. Sus crónicas –a veces muy cálidas y hasta cómicas, siempre emotivas, beligerantes y rabiosas– son mucho más que un alegato o un testimonio: permanecerán ahí, rondando molestosamente a quienes preferirían permanecer encerrados en las cuatro paredes del conformismo.

Pedro Lemebel, consciente de todas estas críticas, parece hacer caso omiso y, cuando se le pregunta al respecto, afirma rotundo, con la ironía que lo caracteriza:

Creo que lo mejor ya lo escribí: “La esquina es mi corazón” es un libro que difícilmente otro escritor pueda acercarse a ese desparpajo, a esa metaforización de una ciudad que yo hago ahí, difícilmente y me jacto. Con ese libro yo me pongo en un lugar cercano a los grandes cronistas latinoamericanos y el resto será repetirme, como tú dices, vender la misma pomada o a lo mejor salgo con algo nuevo o a lo mejor me hago trapecista, pero sin red, sobre un mar de bocas hambrientas. (Gómez Lizana)

Sin embargo, debemos decir que *Zanjón de la Aguada* sí presenta algunas diferencias en relación con las obras cronísticas anteriores. En cuanto al estilo apreciamos que, aun cuando la intuición poética, a la que aludíamos más arriba, sigue haciéndose presente, en algunas crónicas pareciera sobresalir un tono que se acerca más al ensayístico, tal como comprobamos en ese largo texto dedicado al fenómeno social de las barras bravas, “La enamorada errancia del descontrol” (46-70). En esta crónica Pedro Lemebel no sólo se permite el uso de las notas a pie de página, reforzando así el carácter documentado del texto, sino que también, a modo de guiño, se cita a sí mismo para traer a colación una crónica anterior, “Como no te voy a querer (o la micropolítica de las barras)”, perteneciente a *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*. Una especie de intratextualidad lemebeliana, en la que su voz nómada va de un libro a otro. Curioso, además, porque aprovecha esta ocasión para rehacer su propio texto, el fragmento que inserta presenta variantes con respecto al ya publicado. Por otro lado, en lugar de aludir a la primera edición en la que esa crónica vio la luz, prefiere acudir a una edición más reciente, la de la Editorial Planeta Chilena, que, sin duda, goza de mayor difusión. Otra de las diferencias que advertimos, desde un punto de vista temático, no es sólo la mayor presencia de lo femenino, sino, sobre todo, la insistencia de lo social y lo político; incluso “lo homosexual” pareciera perder peso en este entramado cronístico, pues, como anota Pedro Lemebel, “la dosis de homosexualidad es una gota de rimmel en un ojo lluvioso” (Nachon).

Para terminar sólo podemos añadir que Pedro Lemebel ha construido una obra en la que el peso discursivo se asienta en la memoria y en las minorías. Si este *Zanjón de la Aguada* demuestra algo es, sobre todo, que al parecer este escritor no ha sentido hasta hoy aquella sensación de la que se lamentaba Luis Oyarzún: “No sé si habré vivido realmente lo que la imaginación me trae. Bastaría una gota de memoria para transformar enteramente mi pasado” (157). Porque Pedro Lemebel vive en y con sus textos, y la memoria, a borbotones, fluye límpida por su escritura.

BIBLIOGRAFÍA

- Agosin O., Gabriel. “La insistencia de Pedro Lemebel. En librerías y en las cunetas su último libro: *Zanjón de la Aguada*”. *El Mostrador* (26 de julio de 2003): <http://www.lettras.s5.com/lemebel1020803.htm>
- Baudelaire, Charles. *Poesía completa*. Barcelona: Ediciones 29, 1997.
- Blanco, Fernando y Juan G. Gelpí. “El desliz que desafía otros recorridos. Entrevista con Pedro Lemebel”. *Nómada* 3 (1997): 93-98.
- Calderón, Alfonso. “Entrevista con Joaquín Edwards Bello”. *Mitópolis*. Joaquín Edwards Bello. Santiago de Chile: Nascimento, 1973. 9-15.

- Corona, Ignacio y Jörgensen, Beth E. (Eds.). *The Contemporary Mexican Chronicle: Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*. New York: State University of New York Press, 2002.
- Díaz Eterovic, Ramón y Diego Muñoz Valenzuela, eds. *Andar con cuentos: nueva narrativa chilena. 1948-1962*. Santiago: Mosquito Editores, 1992.
- Edwards Bello, Joaquín. *Mitópolis*. Santiago de Chile: Nascimento, 1973.
- Gómez Lizana, Jorge. "Entrevista. Pedro Lemebel: 'O escribo o me enamoro'". *Publimetro* (3 de marzo de 2004): <http://www.letras.s5.com/p1060304.htm>
- González, Aníbal. *La crónica modernista hispanoamericana*. Madrid: Porrúa Turanzas, 1983.
- Guattari, Félix. *Cartografías del deseo*. Santiago de Chile: Francisco Zegers Editor, 1989.
- Guerra Cunningham, Lucía. "Ciudad neoliberal y los devenires de la homosexualidad en las crónicas urbanas de Pedro Lemebel". *Revista Chilena de Literatura* 56 (2000): 71-92.
- Gutiérrez, José Ismael. *Manuel Gutiérrez Nájera y sus cuentos. De la crónica periodística al relato de ficción*. New York: Peter Lang Publishing, 1999.
- Huidobro, Vicente. *En mares no nacidos. Obra selecta (1916-1931)*. Barcelona: Círculo de Lectores, 2001.
- Lemebel, Pedro. *Zanjón de la Aguada*. Santiago de Chile: Planeta Chilena, 2003.
- _____. *Tengo miedo torero*. Santiago de Chile: Planeta Chilena, 2001.
- _____. *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*. Santiago de Chile: Planeta Chilena, 2001.
- _____. *De perlas y cicatrices. Crónicas radiales*. Santiago de Chile: LOM, 1998.
- _____. *Loco afán. Crónicas de Sidario*. Santiago de Chile: LOM, 1996.
- _____. *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 1995.
- _____. *Incontables*. Santiago de Chile: Ergo Sum, 1986.
- Mateo del Pino, Ángeles. "Cronista y malabarista... (Entrevista a Pedro Lemebel)". *Revista Cyber Humanitatis* 20 (2001): <http://www.uchile.cl/facultades/filosofia/publicaciones/cyber/cyber20/entrev2.html>
- _____. "Crónica y fin de siglo en Hispanoamérica (del siglo XIX al XXI)". *Revista Chilena de Literatura* 59 (2001): 13-40.
- Monsiváis, Carlos. *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. México: Ediciones Era, 1998.
- _____. "Pedro Lemebel: el amargo, relamido y brillante frenesí". *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*. Santiago de Chile: Planeta Chilena, 2001. 9-19.
- Moulian, Tomás. *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM/ARCIS Universidad, 1997.
- Nachon, Andi. "Entrevista. La rabia". *Página/12* (25 de octubre de 2003): http://www.pagina12web.com.ar/suplementos/libros/vernota.php?id_notas=778&sec=10
- Neruda, Pablo. *Obras completas*. Hernán Loyola, ed. Barcelona: Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 1999.
- Oyarzún, Luis. *Diario íntimo*. Leónidas Morales T., ed. Santiago de Chile: Universidad de Chile, 1995.

- Perlongher, Néstor. *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1992*. Buenos Aires: Colihue, 1997.
- Piña, Juan Andrés. "Zanjón de la Aguada". *Caras* 401 (14 de agosto de 2003): <http://www.letras.s5.com/lemebel280803.htm>
- Promis, José. "Desenfado, irreverencia, agresividad. Derrida desde el arrabal". *Revista de libros. El Mercurio* (2 de agosto de 2003): <http://www.letras.s5.com/lemebel280803.htm>
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2003.
- Rotker, Susana. *Fundación de una nueva escritura: Las crónicas de José Martí*. La Habana: Casa de las Américas, 1992.
- Subercaseaux, Benjamín. *Chile o una loca geografía*. [1940] Santiago de Chile: Universitaria, 1995.
- Zambra, Alejandro. "El unicornio de Pedro Lemebel". *Las Últimas Noticias* (30 de julio de 2003): <http://www.letras.s5.com/lemebel280803.htm>
- Zerán, Faride. "Pedro Lemebel y la loca del frente". *Rocinante* 30 (2001): 4-6.

